



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

MADRID.—Ginés Carrión, impresor, Verónica, 13 y 15.

ALGUNAS PALABRAS DEL TRADUCTOR

Aparte el mérito intrínseco de la obra, me ha movido á hacer su versión la oportunidad de traducir una obra japonesa de su original, siquiera éste se halle escrito en un idioma que no pertenece al autor sino por afinidad. Atento á no desvirtuar las ventajas que ofrece esta ocasión (si no excepcional, poco frecuente) para penetrar en el pensamiento japonés por sus propios caminos, me he esforzado en seguir á la letra el estilo del autor, sacrificando muchas veces veleidades de casticismo.

Fácilmente observará el que lea cierta tendencia en el autor á reivindicar á su país de los juicios emitidos por críticos anglo-sajones, así como á fijar su pensamiento, casi exclusivamente, en aquel

pueblo ó en el germánico. Achaque es éste muy natural y común en el Japón, que de aquellas razas ha importado los elementos para su modernísima renovación. Es lástima, sin embargo, que el autor no haya penetrado un poco en la sombra que, por contraste, arroja la actual preponderancia anglo sajona sobre nuestra vieja latinidad. Hubiera encontrado entonces nuevos fundamentos en que establecer el paralelo entre ambas Caballerías, la japonesa y la occidental, no tomándolos de antiguos textos, sino de la vida actual. Habría encontrado, por ejemplo, cómo la cortesía española, apartándose de la sajona, se aproxima á la japonesa, hasta coincidir con ella en ciertos casos, como cuando se finge no dar importancia á un regalo ó se niegan los méritos de las personas de la familia; en materias sociales, de más trascendencia, habría observado, v. gr., cómo entre nosotros la diferencia de posición entre los cónyuges es casi nula en las clases extremas, acentuándose extraordinariamente en las intermedias (fenómeno que el autor califica de extraño), y otros muchos puntos de coincidencia. Pero basta indicar el hecho general.

En la trascripción de las palabras japonesas hemos adoptado, con el autor, el método de Hepburn, hoy casi universalmente adoptado. Su pronunciación es como en castellano, salvo en las siguientes letras:

<i>g</i>	»	se pronuncia siempre nasal, como en el español <i>manga</i> .
<i>h</i>	»	fuertemente aspirada.
<i>j</i>	»	como <i>y</i> consonante.
<i>r</i>	»	siempre sencilla, incluso al principio de una palabra.
<i>sh</i>	»	con un sonido intermedio entre <i>s</i> y <i>ch</i> francesa.
<i>w</i>	»	como <i>u</i> casi muda.
<i>z</i>	»	como <i>z</i> francesa.

Con el mayor gusto hago pública mi gratitud al Sr. Nitobé, por haberme concedido graciosamente autorización para publicar su libro en la que él califica de «noble lengua castellana».

G. J. de la E.

Misaki, Agosto de 1908.

Á MI QUERIDO TÍO

TOKITOŠHI OTA

QUE ME ENSEÑÓ Á RENDIR CULTO AL PASADO

Y

Á ADMIRAR LOS HECHOS DE LOS SAMURAI

DEDICO ESTE LIBRITO

... «Aquel camino que asciende á la montaña y que hace dudar al que lo sigue si en realidad es un camino; pero cuando lo mira desde la llanura le aparece como una línea continua, ni vaga ni dudosa, desde la base á la cumbre. ¿Qué son una ó dos interrupciones vistas desde el no interrumpido desierto que se extiende á ambos lados? Y más (dando al ejemplo un nuevo sentido) si al fin resulta que esos obstáculos son el medio más adecuado para ejercitar la vista del hombre, para enseñarle lo que es la fe.»

ROBERT BROWNING. *Apología del Obispo Blougram.*

«Hay, por decirlo así, tres poderosos espíritus, que de tiempo en tiempo se han movido sobre la haz de las aguas y han dado un impulso predominante á los sentimientos morales y á las energías de la humanidad. Estos espíritus son el de la libertad, el de la religión y el del honor.»

HALLAM. *Europa en la Edad Media.*

«El espíritu caballeresco es la poesía de la vida.»

SCHLEGEL. *Filosofía de la Historia.*

PREFACIO

Hace unos diez años, pasando algunos días bajo el hospitalario techo del distinguido y llorado jurista belga M. de Laveleye, la conversación recayó, durante uno de nuestros paseos, en el tema de la religión. «¿Quiere usted decir—preguntó el venerable profesor—que no tienen ustedes instrucción religiosa en sus escuelas?» Ante mi respuesta negativa se detuvo repentinamente, lleno de asombro, y en una voz que no olvidaré fácilmente, repitió: «¡No tienen religión! ¿Cómo dan ustedes la educación moral?» La pregunta me dejó entonces desconcertado. No podía dar una respuesta inmediata, porque los preceptos morales que yo había recibido en los días de mi niñez no procedían de las escuelas; y hasta que empecé á analizar los diferentes elementos que formaban mis nociones del bien y del mal, no comprendí que era el Bushido el que los había inspirado en mis pulmones.

La concepción inicial directa de este librito se debe á las frecuentes preguntas de mi mujer, sobre las razones que determinan el predominio de tales ó cuales ideas y costumbres en el Japón.

En mis tentativas para dar respuestas satisfactorias á M. de Laveleye y á mi mujer, encontré que sin un conocimiento previo del Feudalismo y del Bushido, las ideas morales del Japón actual son un libro cerrado.

Aprovechando ocios forzosos, consecuencia de una larga enfermedad, puse en el orden en que ahora aparecen al público algunas de las respuestas dadas en nuestras conversaciones familiares.

Reproducen en su mayoría lo que se me enseñó y dijo en mis días juveniles, cuando todavía el Feudalismo estaba en vigor.

No es ciertamente tentador escribir de cosas japonesas en inglés, entre Lafcadio Hearn y Mrs. Hugh Fraser por un lado y Sir Ernest Satow y el profesor Chamberlain por otro. La única ventaja que tengo sobre ellos es que puedo adoptar la actitud de demandado, mientras que estos distinguidos escritores son, á lo sumo, abogados y procuradores. Muchas veces he pensado: ¡«Si yo tuviera su don de lengua, presentaría la causa del Japón en términos más elocuentes!» Pero el que habla en un idioma prestado puede darse por muy satisfecho si llega á hacerse entender.

Durante todo el curso de la obra he tratado de

ilustrar cuantos puntos he tocado, con ejemplos de la historia y la literatura europeas, pensando que esto ayudará á hacer el asunto más comprensible á los lectores extranjeros.

Aun en el caso de que alguna de mis alusiones á asuntos religiosos ó á personas dedicadas á trabajos religiosos se considerase irrespetuosa, confío en que mi actitud para con el cristianismo en sí no será puesta en cuestión. Con los métodos eclesiásticos y con las formas que oscurecen las enseñanzas de Cristo, no con las enseñanzas mismas, es con lo que yo tengo pocas simpatías. Yo creo en la religión enseñada por Él y transmitida hasta nosotros por el Nuevo Testamento, así como en la ley escrita en el corazón. Además, creo que Dios había hecho una alianza, que podría llamarse «antigua», con cada pueblo y nación, Gentil ó Judía, Cristiana ó Pagana. En cuanto al resto de mi teología, no necesito agotar con él la paciencia del público.

Al concluir este prefacio quiero expresar mi gratitud á mi amiga Anna E. Hartshorne por diversas valiosas sugerencias y por el dibujo característicamente japonés que hizo para la cubierta de este libro.

Inazo Nitobé.

Prefacio á la décima edición, revisada.

Desde su primera publicación en Filadelfia, hace más de seis años, ha tenido este librito una historia inesperada. Las ediciones japonesas han llegado á ocho, siendo la presente su décima aparición en lengua inglesa. Simultáneamente con ella verá la luz una edición americana é inglesa, debida á la casa editorial de los Sres. Hijos de George H. Putnam, de Nueva York.

En el mismo espacio de tiempo, el *Bushido* ha sido traducido al Mahratti por Mr. Dev of Khandesh; al alemán por la Srta. Kaufmann, de Hamburgo; al bohemio por Mr. Hora, de Chicago; al polaco por la Sociedad de Ciencia y Vida, de Lemberg—si bien esta edición polaca ha sido censurada por el Gobierno ruso. Ahora se está traduciendo al noruego y al francés. Se proyecta una versión chi-

na. Un oficial ruso, prisionero actualmente en el Japón, tiene un manuscrito en ruso dispuesto para la imprenta. Una parte del volumen ha sido presentada al público húngaro, y una crítica detallada, que constituye casi un comentario, se ha publicado en japonés. Mi amigo Mr. H. Sakurai, al cual también debo mucho por su ayuda en otros sentidos, ha reunido una serie de eruditas notas para uso de los estudiantes más jóvenes.

Me siento más que satisfecho al ver que mi humilde obra ha encontrado lectores benévolos en círculos tan apartados, demostrando que el asunto tratado es de algún interés en el mundo entero. Halagadora en extremo es la noticia que ha llegado á mis oídos, saliendo de una fuente oficial, de que el Presidente Roosevelt ha hecho á mi trabajo el inmerecido honor de leerlo y de distribuir algunas docenas de ejemplares entre sus amigos.

Al hacer correcciones y adiciones para la presente edición, me he limitado casi siempre á los ejemplos concretos. Continúo lamentando, como nunca he dejado de hacerlo, mi incapacidad para añadir un capítulo sobre la Piedad filial, que se considera como una de las dos ruedas del carro de la ética japonesa, siendo la otra la Lealtad. Mi incapacidad se debe más á mi ignorancia del sentimiento occidental, en cuanto toca á esta virtud, que á desconocimiento de nuestra actitud propia para con ella, y no puedo establecer comparacio-

nes que satisfagan á mi propio espíritu. Tengo la esperanza de poderme extender algún día sobre este y otros temas. Todos los asuntos de que se trata en estas páginas son susceptibles de ampliación y discusión; pero yo no veo ahora claramente el modo de hacer un volumen mayor que éste.

Este prefacio sería incompleto é injusto si omitiese mencionar la deuda contraída con mi mujer por la lectura de las pruebas, por sus útiles indicaciones y, sobre todo, por haberme alentado constantemente.

I. N.

Kyoto, 22º día del quinto mes, 1905

BUSHIDO COMO SISTEMA ÉTICO

La Caballería es una flor no menos indígena del suelo del Japón que su emblema, la flor del cerezo, y no es un ejemplar disecado de una antigua virtud, conservado en el herbario de nuestra historia. Sigue viviendo, fuerte y bello, entre nosotros, y aunque no se defina en una forma precisa, no deja de perfumar la atmósfera moral, haciéndonos conscientes de que vivimos todavía sujetos á su poderoso encanto. Las condiciones sociales que lo produjeron y fomentaron han desaparecido hace largo tiempo; pero como esas lejanas estrellas cuyos rayos aún llegan á nosotros cuando ellas han dejado de existir, así la luz de la Caballería, hija del feudalismo, todavía ilumina nuestra senda moral, sobreviviendo á la institución que fué su madre. Es un placer para mí revestir este asunto con el lenguaje de Burke, que

pronunció el tan conocido y conmovedor panegírico sobre la tumba olvidada de su prototipo europeo.

Es indicio de una sensible falta de información acerca del Extremo Oriente, el hecho de que un hombre de ciencia tan erudito como el Dr. George Miller, no vacile en afirmar que la Caballería, ú otra institución cualquiera, no ha existido jamás ni entre los pueblos de la antigüedad, ni entre los modernos orientales (1). Semejante ignorancia, sin embargo, merece excusa; porque la tercera edición de la obra del buen doctor apareció el mismo año en que el Comodoro Perry llamaba á las puertas de nuestro exclusivismo. Una larga década más tarde, próximamente hacia el tiempo en que nuestro feudalismo vivía los últimos momentos de su existencia, Carlos Marx, al escribir su *Capital*, llamaba la atención de sus lectores sobre la ventaja especial de estudiar las instituciones sociales y políticas del feudalismo, tales como solamente en el Japón se podían ver entonces vivas. Del mismo modo, yo invitaría á los que en Occidente se ocupan de materias históricas y éticas, á que estudien la Caballería en el Japón actual.

Por seductora que sea una disquisición histórica sobre la comparación entre el feudalismo y la

(1) *History Philosophically Illustrated* (3.^a edic., 1853), vol. II, pág. 2.

Caballería europeos y japoneses, no es el objeto de este estudio entrar de lleno en ese tema. Mi intento es más bien referir: 1.^o) El origen y fuentes de nuestra Caballería; 2.^o) Su carácter y enseñanza; 3.^o) Su influjo en las masas; y 4.^o) La continuidad y permanencia de ese influjo. De estos varios puntos, el primero será breve y superficial, pues en otro caso debería llevar á mis lectores por los apartados caminos de nuestra historia nacional; del segundo trataré con más extensión, siendo el más propio para interesar á los que estudien Etica internacional y Etología comparada en nuestros modos de pensamiento y acción, y el resto será tratado como corolarios.

La palabra japonesa que he traducido aproximadamente por Caballería (*Chivalry*) es, en el original, más expresiva que la de Equitación (*Horsemanship*). *Bu-shi-do* significa literalmente Militar-caballero-caminos: los caminos, los modos que los nobles guerreros deben observar, tanto en su vida diaria, como en su profesión; en una palabra, los «Preceptos de la caballerosidad», el *noblesse oblige* de la clase guerrera. Una vez dada su significación literal, me será permitido en adelante no emplear la palabra original. El uso de ésta es recomendable también por razón de que una enseñanza tan circunscrita y única, que ha creado una modalidad de espíritu y de carácter tan peculiar, tan local, debe llevar la marca de su singularidad en su mis-

ma faz; además, ciertas palabras tienen un *timbre* nacional tan expresivo de los caracteres de la raza, que el mejor traductor puede hacerles poco favor, por no decir disfavor y agravio. ¿Quién podrá mejorar, traduciéndolo, lo que significa el término alemán *Gemüth*, ó quién no siente la diferencia entre dos palabras tan verbalmente afines como la inglesa *gentleman* y la francesa *gentilhomme*?

Bushido, pues, es el código de principios morales que los caballeros debían ó aprendían á observar. No es un código escrito; cuando más, consta de unas pocas máximas que han corrido de boca en boca ó han salido de la pluma de algún guerrero ó sabio muy conocido. Con más frecuencia es un código no enunciado ni escrito, que posee, en cambio, la poderosa sanción de hechos verdaderos, y de una ley escrita en las fibras del corazón. Fué establecido, no por obra de un cerebro creador, todo lo capaz que se quiera, pero uno, ó sobre la vida de un solo personaje, por renombrado que fuese. Fué un producto orgánico de décadas y siglos de experiencia militar. Ocupa, quizás, en la historia de la ética, la misma posición que la Constitución inglesa en la historia política; sin embargo, no tiene nada que se pueda comparar con la *Magna Charta* ó con la *Habeas Corpus Act*. Es cierto que á principios del siglo xvii se promulgaron ciertos Estatutos Militares (*Buké Hatto*); pero sus trece breves artículos se referían

en su mayor parte á matrimonios, castillos, federaciones, etc., y sólo ligeramente aludían á las reglas didácticas. No podemos, pues, señalar ningún tiempo ni lugar definido, y decir: «Aquí está la fuente primera». Sólo al hacerse consciente en la edad feudal, su origen puede, cronológicamente, identificarse con el feudalismo. Pero éste, á su vez, es un tejido de muchos cabos, y el Bushido participa de esta naturaleza complicada. Así como en Inglaterra las instituciones políticas del feudalismo puede decirse que datan de la conquista Normanda, así también en Japón podemos decir que su aparición coincide con la subida al trono de Yoritomo, al final del siglo duodécimo. Pero del mismo modo que en Inglaterra encontramos ya los elementos sociales del feudalismo en el período anterior á Guillermo el Conquistador, igualmente los gérmenes del feudalismo en Japón habían existido ya en un período muy anterior al mencionado.

Por otra parte, en Japón, como en Europa, cuando se inauguró oficialmente el feudalismo, la clase profesional de los guerreros adquirió naturalmente una posición prominente. Estos guerreros eran conocidos con el nombre de *samurai*, que significa literalmente, como el antiguo *cniht* inglés (*knecht*, *knight*), guardias ó acompañantes, de un carácter semejante á los *soldurii*, cuya existencia en la Aquitania menciona César, ó á los *comitati*, que, según Tácito, seguían á los jefes germanos en

su tiempo; ó, tomando un ejemplo aún posterior, á los *militēs mediī*, de que se lee en la historia de la Europa medioeval. Se adoptó también en el uso común una palabra chino-japonesa, *Bu-ke* ó *Bu-shi* (Caballeros guerreros). Formaron una clase privilegiada y debieron ser en su origen una raza ruda, que hizo de la guerra su profesión. Esta clase fué reclutada, como es natural, en un largo período de incesante lucha, entre los más varoniles y aventureros, quedando, durante el proceso de eliminación, descartados los tímidos y los débiles, y sobreviviendo, para entrar en las familias y en las filas de los *samurai*, «una raza ruda, toda masculina, de fuerza bruta», usando la frase de Emerson. Llamados á recibir grandes honores y numerosos privilegios, pero también correspondientemente grandes responsabilidades, pronto sintieron la necesidad de una regla de conducta común, con tanto mayor motivo, cuanto que estaban siempre en pie de guerra y pertenecían á tribus diversas. Como los médicos limitan la competencia entre sí por cortesía profesional; como los hombres de ley se constituyen en tribunales de honor cuando la etiqueta ha sido violada, así también los guerreros deben poseer un recurso para juzgar en última instancia su mala conducta.

¡Juego limpio en la guerra! ¡Cuán fértiles gérmenes de moralidad se encierran en este primitivo sentido del salvajismo y de la infancia! ¿Acaso no

es la raíz de todas las virtudes militares y cívicas? Nosotros sonreimos (¡como si lo hubiéramos sobrepujado!...) ante el deseo infantil del pequeño patriota británico, Tom Broson, de «dejar en pos de sí el nombre de un muchacho que jamás maltrató á un menor ni volvió la espalda á otro mayor.» Y sin embargo, ¿quién desconoce que esta es la piedra fundamental sobre la que se pueden apoyar edificios morales de enormes dimensiones? ¿No me será lícito llegar hasta afirmar que la más amable y pacífica de las religiones hace suya esta aspiración? Este deseo de Tom es la base en que principalmente está fundada la grandeza de Inglaterra, y no tardaremos mucho en descubrir que el *Bushido* no descansa en otro pedestal. Si la guerra en sí, tanto ofensiva como defensiva, es brutal y mala, como los cuáqueros afirman con razón, podemos, no obstante, decir con Lessing: «Ya sabemos de qué pecados brotan nuestras virtudes» (1). «Hipócrita» y

(1) Ruskin fué uno de los hombres más bondadosos y amigos de la paz que jamás han existido. Sin embargo, creía en la guerra con todo el entusiasmo de un adorador de la vida fuerte. «Cuando os digo (afirma en la *Corona de olivo silvestre*) que la guerra es el fundamento de todas las artes, quiero decir también que es el fundamento de todas las virtudes y facultades elevadas del hombre. Es muy extraño y muy horrible para mí descubrir esto; pero he visto que es un hecho innegable... En suma, he encontrado que todos los pueblos hallaron en la guerra la verdad de sus pa-

«cobarde» son los epítetos de mayor oprobio para naturalezas sanas y sencillas. La niñez entra en la vida con estas nociones, y otro tanto hace la caballería; pero á medida que la vida se hace más amplia y sus relaciones más multilaterales, la fe primitiva busca sanción en las autoridades más altas y frentes más racionales para su justificación, satisfacción y desarrollo. Si los intereses militares hubieran operado solos, ¡cuán inferior al de la caballería hubiera sido el ideal de los guerreros! En Europa, el Cristianismo, interpretado con concesiones adecuadas á la caballería, infundió en ésta, no obstante, un aliento espiritual. «Religión, guerra y gloria fueron las tres potencias espirituales de un perfecto caballero cristiano», dice Lamartine. En Japón hubo varias

FUENTES DEL BUSHIDO,

de las cuales empezaré con el Budismo. Aportó éste un sentido de tranquila confianza en la suerte, una sumisión pacífica á lo inevitable, esa compostura estoica frente al peligro ó la calamidad, ese

labras y la fuerza de su pensamiento; que se nutrieron en la guerra y perecieron en la paz; que la guerra les enseñó y la paz les engañó; que la guerra los levantó y la paz los derribó; en una palabra, que nacieron en la guerra y murieron en la paz».

desdén hacia la vida y esa familiaridad con la muerte. Un ilustre maestro en el arte de las armas, cuando vió que su discípulo dominaba lo más alto de su arte, le dijo: «desde aquí mi instrucción debe ceder el puesto á las enseñanzas del Zen». «Zen» es el equivalente japonés del Dhyána, que «representa el esfuerzo humano para elevarse por la meditación á zonas de pensamiento que exceden los límites de la expresión verbal» (1). Su método es la contemplación, y su fin último, hasta donde á mí se me alcanza, penetrar el principio que yace bajo todos los fenómenos, y, si es posible, en lo Absoluto mismo, poniéndose en armonía con ese Absoluto. Así entendida, la enseñanza era más que el dogma de una secta, y todo aquel que alcanza la percepción de lo Absoluto se eleva por cima de las cosas humanas y despierta «á un nuevo Cielo y á una Tierra nueva.»

Lo que el Budismo no pudo dar, el Sintoísmo lo ofrecía en abundancia. La lealtad al soberano, la veneración á la memoria de los antepasados, el amor filial, que ningún otro credo predica, fueron inculcados por las doctrinas sintoístas, oponiendo la pasividad al carácter, de otro modo arrogante, de los samurai. La teología sintoísta no admite el dogma del pecado original. Por el contrario, cree en la bondad innata y en la pureza cuasi-divina del

(1) Lafcadio Hearn, *Exotics and Restrospectives*, p. 84.

alma humana, adorándola como medium de los oráculos divinos. Todo el mundo ha observado que los santuarios sintoístas están sorprendentemente desprovistos de objetos é instrumentos de culto, y que un espejo plano colgado en su interior forma la parte esencial de su decoración. La presencia de este objeto es fácil de explicar: simboliza el corazón humano, que, cuando está perfectamente tranquilo y limpio, refleja la imagen misma de la divinidad. Cuando uno se coloca, pues, frente al santuario para la adoración, ve su propia imagen reflejada en aquella brillante superficie, y el acto de culto equivale al viejo consejo délfico: conócete á tí mismo. Pero el conocimiento de sí mismo no significa, ni en la enseñanza griega, ni en la japonesa, conocimiento de la parte física del hombre, ni de su anatomía ó su psico-física; el conocimiento había de ser de una especie ética, la introspección de nuestra naturaleza moral. Mommsen, comparando los griegos con los romanos, dice, que cuando los primeros adoraban á los dioses elevaban los ojos al Cielo, porque su culto era de contemplación, mientras que los segundos velaban su cabeza, porque el suyo era de reflexión. Semejante en su esencia al concepto romano de la religión, nuestra reflexión da importancia no tanto á la conciencia moral como á la conciencia nacional del individuo. Su culto de la naturaleza inculcó el amor de la tierra en lo más profundo de nuestras almas, en tanto que el culto

de los antepasados, seguido de generación en generación, hizo de la familia Imperial la fuente primera de todo el pueblo. Para nosotros el país es algo más que la tierra, algo más que el suelo de donde se extrae el oro ó en que se cosechan granos: es la mansión sagrada de los dioses, espíritus de nuestros ascendientes; para nosotros el Emperador es algo más que el Archi-condestable de un *Rechtsstaat*, y aun que el «Patrón» de un *Culturstaat*: es el representante corpóreo del cielo en la tierra, reuniendo en su persona su poder y su misericordia. Si es cierto lo que dice Boutmy (1) de la Majestad inglesa, que es, «no sólo la imagen de la autoridad, sino el autor y el símbolo de la unidad nacional,» y yo creo que en efecto lo es, dos y tres veces más puede afirmarse lo mismo de la Majestad en Japón.

Los dogmas del Sintoísmo corresponden á los dos caracteres dominantes en la vida emocional de nuestra raza: Patriotismo y Lealtad. Dice Arthur May Knapp con mucha exactitud: «En la literatura hebrea es con frecuencia difícil decir si el escritor habla de Dios ó de la República; del Cielo ó de Jerusalem; del Mesías ó de la nación misma» (2). Una confusión semejante puede advertirse en la nomenclatura de nuestra fe nacional. He dicho con-

(1) *The English People*, p. 188

(2) *Feudal and Modern Japan*, vol. I, p. 183.